

La dimensión oculta

Autor: Edward T. Hall (2005).

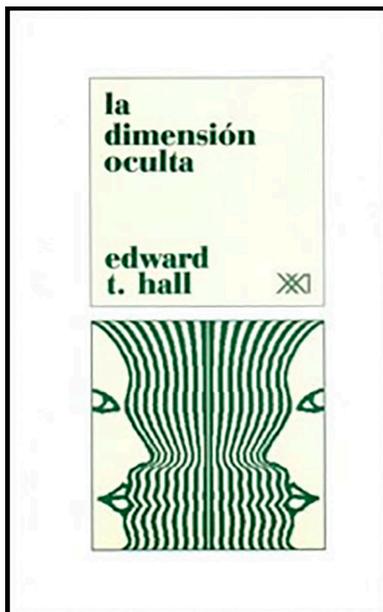
Editorial: Siglo XXI editores.

COMENTARIO: GARCÍA
DELGADO, Julio.

Obra poco conocida por estas latitudes, pero de fundamental consulta para los docentes e investigadores en las ciencias sociales y humanas, la *Dimensión oculta* (*Hidden Dimension*, en su idioma original) nos reseña sobre la concepción del espacio más allá de lo tangible, de lo externo, en donde, sin tapujos se puede decir que lo espacial no es una cuestión exterior al ser humano, sino también interior.

La naturaleza del ser humano posee una matriz biológica, una ‘dimensión oculta’, que en cada momento histórico se transforma a través de las expresiones culturales dominantes. También, ‘lenguajes silenciosos’, que permiten la comunicación sin necesidad de las palabras. El tiempo y el espacio aparecen como instrumentos mediante los cuales los seres humanos producen mensajes. El espacio define los territorios individuales y colectivos, la seguridad y la defensa; el tiempo aparece asociado a la cultura, con distintas velocidades culturales, que van de la celeridad de la vida urbana occidental a la tranquilidad de ciertas sociedades orientales.

Hall teoriza acerca de lo que define como la “proxémica”, que analiza la distancia física entre los interlocutores en función del tipo de comunicación y las características culturales del espacio social en el que se desenvuelven,



así como la relación de cercanía o lejanía existente entre los interlocutores. Esto es, la percepción y los hábitos sociales que marcan los territorios de la comunicación interpersonal y hacen los resguardos de la privacidad o de la intimidad. Sus estudios acerca de los lenguajes del silencio han sido considerados como precursores de los modernos estudios de neurolingüística. Otra de las facetas del trabajo de Hall está relacionada con la comunicación intercultural, a la que presta una especial atención en función de las distancias culturales y lingüísticas, con diversos trabajos de campo en espacio fronterizos de fuerte contraste cultural, como el caso de Estados Unidos con México.

El tema central de la obra son el espacio social y personal y cómo el hombre los percibe. A principios del siglo XX, los lingüistas que comenzaron a estudiar el lenguaje de los indios y los esquimales se dieron cuenta que “las lenguas indoeuropeas no comprendían los modelos de todas las lenguas” (p. 15). La lengua no es más que el reflejo del pensamiento, por lo que las estructuras lingüísticas necesariamente varían de un pueblo a otro; así también como el modo de ver el mundo no es el mismo. Se asume que los principios establecidos a propósito del lenguaje sirven igualmente para el resto de las conductas humanas y, de hecho, para *todo* fenómeno cultural. Por tanto, los individuos pertenecientes a culturas diferentes no solamente hablan lenguajes diferentes, sino, lo que es más importante, habitan *mundos sensoriales diferentes*.

El “espacio vital” (*Lebensraum*) es una realidad concreta, necesaria para el equilibrio de todo individuo. En la naturaleza, este equilibrio está asegurado normalmente por la *predación* (destrucción del excedente de población de una especie por los individuos de otra especie). Allí donde la predación no actúa, interviene una *autorregulación* que no está solamente ligada, como creía Malthus, a la presencia o ausencia de reservas alimenticias, sino también a “mecanismos fisiológicos de reacción a la densidad”.

A la luz de las observaciones, el hombre aparece como “Un organismo que crea sus prolongaciones”. Capaz de sustituir a la naturaleza, a través de extensiones que le permiten percibir y comprender el espacio, llamadas sentidos. Hall establece dos tipos de sistemas receptores, cuya información recibida es modificada por la cultura: 1) receptores a distancia: ojos, oídos y nariz. 2) receptores inmediatos: la piel y los músculos. La cantidad de información recibida por los distintos receptores y cómo éstos funcionan

son variables. La vista es el sentido más evolucionado y el que más datos percibe, no sólo de aquello de la naturaleza sino también de lo creado o transmitido por el ser humano, como lo es el lenguaje escrito y otras formas de conocimiento.

Las distancias en el hombre:

El autor establece cuatro distancias en el hombre, en función del “sentimiento o sensación que experimenta en ese momento cada una de las personas implicadas respecto de la otra” (p. 181). Estas distancias son:

Distancia íntima: es el punto en donde el otro resulta inconfundible y todos los sentidos perciben la presencia ajena, la cual resulta intensa y se intrincan mutuamente.

Distancia personal: se concibe como una especie de burbuja protectora que el organismo mantiene a su alrededor. Implica cercanía mas no contacto intenso.

Distancia social: Es el punto intermedio entre lo remoto o público y lo personal o privado. Implica la cercanía de la burbuja protectora pero no el ingreso a la misma.

Distancia pública: aquélla que se encuentra fuera y lejos de la burbuja protectora, en donde se encuentran las personas ajenas a la vida del individuo.

Más que la distancia en medidas de longitud, el factor determinante de estas distancias es la sensación o sentimientos que se experimentan, que al variar de cultura en cultura, es evidente que las circunstancias que impliquen distancia social o íntima –por ejemplo– también varían, por lo que una circunstancia considerada dentro de la distancia íntima dentro de una cultura puede ser considerada personal o incluso social en otra. Ejemplo es el contacto físico constante entre las personas de origen latinoamericano, en donde besos y abrazos son considerados normales dentro de la distancia social, mientras que en la cultura norteamericana estas interacciones son parte de la distancia personal y, en muchas ocasiones, distancia íntima.

Hall denuncia el carácter traumatizante de las relaciones arquitectónicas contemporáneas que provocan la indiferenciación de los hábitats. “La urbanización anárquica que se desarrolla hoy en día –escribe–, implica menos a

la superpoblación que nos amenaza como a la *pérdida de nuestra identidad*. Es de desear que, en las ciudades futuras, el hombre pueda vivir a su ritmo, pues las dimensiones óptimas del *espacio vivido* dependen de la “intensidad de las relaciones”, criterio eminentemente variable según los lugares. No existe, pues, porque no puede existir, un “urbanismo universal”.

La proxemística y el futuro del hombre:

El hombre se confunde con el mundo; modificando al mundo, se modifica a sí mismo. Construyendo su *biotipo*, determina en sí mismo el organismo que *ha de ser*. La “proximología” recoge aquí las preocupaciones de la ecología. En el seno de las grandes ciudades superpobladas, se cumple un nuevo tipo humano.

Se vive en una burbuja invisible. Esta burbuja es la “distancia personal”, el espacio vital íntimo. Es la dimensión oculta. Todas las burbujas individuales forman una super-burbuja que, cuando está demasiado comprimida, puede estallar. Esta burbuja es más grande en Gran Bretaña que en los Estados Unidos, en los países nórdicos más que en los mediterráneos, en Norteamérica que en América Latina, en los Andinos que los “maracuchos”. La forma de las habitaciones, la disposición de las puertas, el espesor de las paredes, la altura de los asientos, varían según la *promiscuidad* sea más o menos bien soportada. Todo depende de la “distancia crítica”, es decir del tamaño de la burbuja, de la dimensión oculta.